

Pedro Insua

SALAMANCA, CAPITAL
DEL CONOCIMIENTO

El faro de las ideas del Imperio español
(1492-1550)

ÍNDICE

<i>Prólogo. TOMÁS DE AQUINO EN SALAMANCA Y LA EMANCIPACIÓN OCCIDENTAL DE LA RAZÓN</i>	11
<i>Introducción. SALAMANCA, EL «MARCO» IMPERIAL CATÓLICO Y EL MUNDO MODERNO</i>	25
1. COLÓN Y LA HISTORIA UNIVERSAL QUE COMIENZA EN SALAMANCA	39
2. DIEGO DE DEZA, DEFENSOR DEL PLAN DE COLÓN	61
3. EL VIRAJE GEOGRÁFICO DEL SIGLO XVI Y EL DERRUMBE DEL MUNDO ANTIGUO Y MEDIEVAL	81
4. EL VIRAJE COSMOGRÁFICO DEL SIGLO XVI	103
5. LA RECEPCIÓN TOMISTA DE ARISTÓTELES	125
6. DIEGO DE DEZA Y EL TOMISMO QUE HACE ESCUELA EN SALAMANCA	145
7. EL VIRAJE TEOLÓGICO-POLÍTICO DEL SIGLO XVI	169
8. EL CANON VITORIANO	199
9. EL CANON VITORIANO Y SU DESARROLLO POSTERIOR EN LA CONTROVERSIA DE VALLADOLID	215
<i>Epílogo hagiográfico-cadalsiano</i>	229
<i>Notas</i>	235
<i>Bibliografía</i>	257

PRÓLOGO

TOMÁS DE AQUINO EN SALAMANCA Y LA EMANCIPACIÓN OCCIDENTAL DE LA RAZÓN

*El que tengo a mi diestra de vecino
Fue mi hermano y maestro: él es Alberto
De Colonia, y yo soy Tomás de Aquino.*

DANTE ALIGHIERI¹

Tomás de Aquino intempestivo

Si hoy leemos cualquier relato teológico cristiano acerca del fin de la historia, nos va a resultar, como poco, excéntrico o extravagante el dibujo que allí se hace de la parusía o reino de Cristo en su segunda venida. Incluso el más ferviente y crédulo cristiano practicante actual, por lo menos en el área de difusión occidental, se asombrará de determinadas digresiones escatológicas que sostiene un doctor de la Iglesia, como Tomás de Aquino, que además es santo (con más de trescientos milagros a sus espaldas, según su informe de canonización), acerca de la vida en el cielo cristiano tras el juicio final.

Así, por ejemplo, en la *Suma contra gentiles*,² el Aquinate va a justificar la tesis, por lo demás característicamente cristiana, de la resurrección de los cuerpos tras la muerte. El capítulo 82 está dedicado a demostrar que los hombres, una vez resucitados en cuerpo y alma, no volverán a morir (solo se muere una vez), así que resucitarán inmortales, de lo cual se sigue que, para el hombre

resucitado, no serán necesarios ni alimento ni contacto sexual.³ Precisamente, subraya Tomás de Aquino, un error de judíos y mahometanos es suponer que los resucitados gozarán de comida y placeres carnales, cuando, por la incorruptibilidad del cuerpo, sustento y reproducción se vuelven superfluos. De hecho, en el capítulo 97, y final de la *Suma contra gentiles*, dedicado a la descripción del mundo tras el juicio final, dice el Aquinate, que el mundo se paralizará, al no haber generación ni corrupción en el orbe terrestre, ni tampoco movimiento local o desplazamiento de los astros en la esfera celeste. En esa «nueva tierra» y en ese «nuevo cielo», habitados por los hombres incorruptibles y revestidos de gloria, ni siquiera habrá memoria de los anteriores: en la vida *eterna* nadie recordará su vida *temporal*.

Estas cuestiones que trata Tomás de Aquino, a propósito del regreso al Paraíso tras el juicio, asociadas a la apocatástasis cristiana (de la diversidad sexual de los resucitados, de su edad —juvenil, por cierto: no habrá niños ni ancianos—, de la vinculación con el cuerpo, en el caso de los que sufran condena tras el juicio, para que puedan quedar expuestos a las llamas, etc.), son cuestiones, digo, que rozan el delirio, más que la extravagancia, al menos para alguien que se haya familiarizado algo con las ciencias modernas (biología, física, química). Por supuesto, el margen de la *doxa*, de la opinión, es muy ancho (o más bien casi infinito, se puede *creer* casi cualquier cosa —recordemos la divisa de Tertuliano que tiene en el absurdo el fundamento de la fe—), pero es difícil que los creyentes actuales interpreten en su sentido literal el dogma de la resurrección de la carne.⁴ Un dogma que, aun siendo fundamental en el cristianismo (desde que fue incluido en el credo niceno del año 325), es interpretado por parte del creyente cristiano actual de manera muy relajada, dándole un sentido «espiritual» que no literal, y metiéndolo en ese cajón de sastre del «simbolismo» interpretativo (un salvoconducto, el de lo *simbólico*, que vale para decir casi cualquier cosa).

Sin embargo, ya el propio santo Tomás advertía del «error» de esa interpretación espiritualista, «simbólica», que niega la literalidad del dogma de la resurrección de los cuerpos, y que afectaría al núcleo doctrinal redentorista del cristianismo: si Cristo murió y resucitó de entre los muertos, dice Tomás, fue para liberar al hombre del pecado y también de la muerte, que es el castigo del propio pecado (heredado del primer hombre). Si no hay resurrección de los cuerpos, entonces Cristo se sacrificó inútilmente. Dicho más crudamente, y así lo dirá Tomás de Aquino, por *modus tollens*, si no hay resurrección de los muertos, entonces tampoco Cristo resucitó, y la fe del Evangelio, la buena nueva neotestamentaria (nacimiento, muerte y resurrección de Cristo), resultaría ser falsa. Sin resurrección de los cuerpos no hay cristianismo, así que, concluye Tomás, «la fe cristiana nos obliga a creer en la futura resurrección de los muertos». ⁵ Una resurrección entendida, pues, en toda su literalidad, negando que la muerte sea el final.

Pues bien, ¿qué sentido tiene hoy, más allá del valor histórico, acordarse de un sistema ontoteológico, el de la escolástica cristiana, uno de cuyos dogmas fundamentales habla de la incorruptibilidad de los cuerpos resucitados, así como de la contemplación eterna de Dios, tras el juicio, con los ojos de la cara (literalmente), *ad vultum tuum?*, ¿qué sentido puede tener evocar, y mucho menos reivindicar (en lo que todo homenaje tiene de reivindicación), una figura cuya doctrina defiende semejante delirio escatológico como fin de los tiempos?, ¿en qué queda esta doctrina salvífica de la redención cristiana tras la irrupción crítica de las ciencias modernas, completamente incompatibles, sin tampoco necesidad de caer en entusiasmos positivistas comtianos, con este «espíritu teológico»?

De momento, hay que decir que una institución de recorrido milenario, como es la Iglesia católica, ordenada precisamente a la administración de los bienes de la vida eterna, y con cientos de millones de seguidores, tiene en esa ontoteología su base doctrinal, figurando santo Tomás, desde el siglo XVI, como una de sus máxi-